

La razón del iluso

(De *La Voz*, Madrid.)

TENGO sobre mi mesa la colección de la *Ilustración Francesa* de los años de la gran guerra, desde 1914 a 1918. Incomparable documento gráfico, sus miles de fotografías y de dibujos constituyen para mí una evocación dolorosa de aquellos años de emoción y fiebre.

También tengo sobre mi mesa una traducción francesa del último libro de Rabindranath Tagore: *Nacionalismo*. Rabindranath Tagore, en esta obra, se revuelve contra Europa. La ve hosca, erizada, envidiosa, recelosa. Todavía, cuando acabó de escribir *Nacionalismo*, no se había celebrado la Conferencia de Londres, primer esfuerzo serio hecho desde el Tratado de Versalles en pro del verdadero restablecimiento de la paz.

Y en *Nacionalismo* Rabindranath Tagore escribe:

«Después de siglos de civilización, viendo cómo las naciones se temen mutuamente como las bestias salvajes que cazan en la noche, cerrando las puertas a la hospitalidad, no combinando sino proyectos de agresión o de defensa, ocultando en sus agujeros sus secretos de comercio, de Estado y de armamento; robándose hipócritamente, ¿es que en todo ese espectáculo hay algo que puede dar envidia a nosotros los orientales? ¿Debemos arrodillarnos ante ese espíritu nacionalista que siembra por todo el mundo el temor, la sospecha, la avidez, las mentiras desvergonzadas de la diplomacia y las mentiras monstruosas de las promesas de paz?»

En la colección de la revista francesa que tengo delante puede verse como un resumen del espantoso calvario que padeció la Humanidad durante la gran guerra. Se suceden los grabados de bombardeos, de incendios, de ciudades destruidas, de barcos yéndose a pique, de hospitales de sangre, de campos cubiertos de cadáveres, de trincheras en que acecha, tembloroso, el centinela; de alambradas donde quedaron traspasados cuerpos palpitantes, sobre los que vuelan los cuervos; de entierros, de zeppelines ardiendo en los aires, de aeroplanos estrellados contra el suelo, de bosques cuyos árboles alzan los muñones de sus decapitados troncos.

Y alternando con ellos, los trágicos dibujos de los artistas corresponsales, de Matani, de Scott, de todos los que con mano febril, ante el horror de la lucha, sorprendieron el gesto del combatiente, la caída del soldado en plena carga, la explosión del proyectil enemigo, la mueca del moribundo, el asalto con bayoneta, cuchillo y granada en mano; la invasión del gas asfixiante, la pelea absurda sobre los barroes sangrientos de Flandes o sobre las nieves de los Cárpatos...

¡Más de cuatro años así!... Cada dos o tres meses los estados mayores exigían un nuevo esfuerzo. Y las naciones, obedientes, enviaban nuevos rebaños, donde se confundían los casi niños y los casi viejos, y las madres veían estremecidas cómo sus muchachitos crecían, cómo se aproximaban a la edad de la conscripción, al momento de ir a los frentes insaciables, voraces, nunca hartos de carne joven y fresca...

Y Rabindranath Tagore, el dulce poeta todo amor, termina diciendo:

«El velo ha sido levantado. El Occidente está hoy cara a cara con su propia obra.

«Han de nacer de sus hijos otros que querrán ser los hijos de Dios y no los esclavos de la máquina.

«El Occidente comprenderá que sobre la mercancía que se vende está el alma que no se vende.

«¡Soñador! Yo sé que esto me llamarán los que no me comprenden.

«Pero un día en que en las afueras de Yokohama yo miraba cómo el sol se hundía en el mar del Sur, la música de la Eternidad sonó susurrante en el silencio del crepúsculo, y sentí que el cielo y la tierra, y la muerte del día, y el lirismo de la aurora, son para los poetas y los idealistas y no para esos otros...»

Sueño la paz... Eso aseguran los hombres graves, los hombres que abominan de las utopías, los hombres que hacen números y programas políticos.

Pero yo, viendo los grabados y dibujos de la *Ilustración Francesa*, desgarradores y feroces, he vuelto los ojos al libro de Rabindranath Tagore, y he pensado en que los poetas, los idealistas, son los únicos que tienen razón...

FABIAN VIDAL

Un cuartelazo y un manifiesto

NO, Pedro Prado; no, Eduardo Barrios y compañeros: eso del Gobierno militar de Chile no puede ser, y menos puede ser con el aplauso de vosotros, echado a los vientos de la opinión de América en un flamante manifiesto prestigiado con las firmas vuestras, artistas y pensadores de ese país.

El artista y el pensador son un poco filósofos, deben ser un poco filósofos; y éstos, de Platón a acá, y antes de Platón, han tenido que estar contra esas subversiones del orden normal de los países.

La espada siempre es cruel y es ciega; Napoleón pudo inspirar un Código, pero cuando, al frente de su ejército, levantó su espada, sólo brotaron de ella llamaradas de odio. América solamente puede ver sin temor, antes con devoto recogimiento, la panoplia que guarde las armas de sus libertadores, fundadores de pueblos: Bolívar, Sucre, San Martín, pues que las otras—¿a que nombrar los caciques que fueron y que son?—apenas han servido para llenar de luto y deshonor el Continente que debió ser el refugio y el teatro de la libertad del mundo.

Dentro de la vida regular de las nacionalidades, la espada nada puede construir: su mandoble es zurdo y desacertado y la cruz que ostenta en su empuñadura, es la cruz de una religión que ya en este siglo no debía tener creyentes: la religión de la violencia.

Alessandri pudo ser malo, pésimo pudo ser su Gobierno; su gestión política pudo ser ineficaz, pero el cuartelazo o el pronunciamiento militar o el triunfo de las espadas, es peor que todo eso; aquel era el riachuelo que en vez de fecundar tierras fértiles, pongamos por caso, se perdía en un arenal árido y yermo: bastaba con desviarlo; este es el torrente despeñado que barre a su paso cuanto encuentra y siembra por doquiera el desconcierto y el espanto.

Y luego el contagio en la vida republicana de todos estos países hermanos que se estaban acostumbrando a ver un ejemplo de cordura y cívica disciplina en Chile! Decididamente, el militarismo sigue siendo el enemigo de la civilización en todo el orbe, y en América, la más robusta fuerza retardataria para la evolución gradual de nuestras democracias.

Después de todo, preferimos estar con los Alessandri vencidos y desterrados, representantes del poder civil, que con los Altamiranos triunfantes y ahora aclamados, por los artistas de su país,—personeros de la casta militar; el poder civil volverá por sus fueros sacando energías del propio corazón de su pueblo, mientras el militarismo se hundirá—y ya por siempre—entre el bronco ruido de sus armas, que semejará a distancia un restallar de cadenas que se rompen.

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

San José, C. R., Nov. 224.